

EL REY DE LAS BOLITAS

-BELTRÁN MENA-



LAUREL

El rey de las bolitas

BELTRÁN MENA



A mi mamá, Ximena, la primera
en responder mis preguntas.

A Eduardo, mi papá, que en
1970 me dibujó un plano con las
librerías del centro, mapa secreto
de un mundo desconocido.

A mis profesores Iommi, Roa y
Vial, cuyas respectivas virtudes de
libertad, profundidad y rigor he
tratado de imitar, al punto de que
pensar se ha vuelto para mí un
diálogo con ellos.

EL RÍO

De vez en cuando, escapo de la ciudad y me siento en medio del paisaje. Se trata del cajón del río Maipo, en la cordillera de Santiago. El río baja torrencioso; montado sobre las rocas sumergidas, forma violentos lomos de agua. El agua cambia de color: café en primavera, azul y verde el resto del año.

Mi actividad principal es leer, tomar café y ver pasar el río. Ver pasar el río es una de esas actividades hipnóticas en que podemos vernos atrapados por horas. Contemplar el fuego, el mar, las nubes, son otras. No hay muchas más: el movimiento de la muchedumbre desde la mesa de un café y el paisaje desde la ventana de un tren. Pero en este caso es el río.

En ese lugar se pueden pasar varios días sin ver seres humanos. Si se dejan ver, lo hacen desde un lugar tan inesperado, en una forma tan extraña, que cuando desaparecen uno se pregunta si realmente estuvieron allí. Así de fugaz es su presencia, así la ausencia de rastros a su paso.

Son deportistas en kayak y balsas, enfundados en trajes especiales, protegidos por cascos especiales y aferrando remos especiales; así montan las olas y superan la corriente, gritando sin cesar, como en un rodeo acuático.



Cajón del Maipo
2014

Son chilenos, pero gritan en inglés: *Yahoo! Yeah!*

Siempre hay un guía, uno más experto que el resto, que con hábiles golpes de remo se las arregla para detenerse unos instantes contra la corriente y gritar instrucciones a los demás. Los demás son tipos de la ciudad –como yo–, pero amantes del deporte aventura. Alguno suele darse vuelta cogido en la turbulencia. Desaparece bajo la espuma, solo para emerger unos metros más allá, su casco naranja revuelto con las olas.

Todo el alboroto no dura más de un minuto, pronto el grupo completo es arrastrado por las aguas más allá de la curva del río. Remen o no remen, con o sin experiencia, son barridos por la corriente y desaparecen de mi vista, uno a uno, hasta que de ellos no queda ni el eco de un grito, ni una marca en una piedra, ni un trozo de poliuretano enredado en un palo. Nada.

Chile es como ese río.

Los ríos de Chile son cortos y torrentosos. Están los montes tan cerca del océano que las aguas de un río como el Maipo no tardan más de tres horas en su recorrido desde que nacen en la montaña hasta que mueren en el mar. Tienen una infancia violenta y una muerte precoz. En su apurado descenso saltan, erosionan, sin descansar, sin detenerse, sin fundirse nunca con el entorno y sin dar tiempo a los chilenos de mojarse en sus orillas. El que se baña se ahoga, el que entra es expulsado, el que construye en sus riberas pierde su inversión. Solo con trajes, cascos y vehículos especiales pueden creer algunos por un rato que han entrado en el río. Pero no hay ninguna posibilidad de que algún día vea pasar desde mi silla a un grupo de atorrantes en calzoncillos, riendo, aferrados a un par de neumáticos inflados, a un Huckleberry Finn que bautice sus orillas.

Somos una y otra vez expulsados de nuestros ríos, y así no hay cultura posible. Porque la cultura es la lengua y la memoria; surge capa sobre capa, es el lento depósito de material fértil en las orillas de ríos navegables. Habitantes que remontan su historia en lentas barcas. La cultura es un hombre que desembarca en un muelle donde nunca ha estado y pregunta por un hotel. La lentitud permite a los hombres nombrar las cosas, y desde esos nombres nuevos remontar más ríos y fundar otras aldeas.

Pero no hay memoria: afuera de los ríos, en los valles, los terremotos echan abajo los adobes.

El agua nos expulsa, la tierra nos expulsa.

Nos queda el aire, el país de los castillos en el aire.

(2003)

EL CARÁCTER

El carácter es el destino. Creo que lo dijo Heráclito.

Podemos revolvernos en nuestro carácter, acomodarnos en él de mejor o peor manera, como un caballero en su rígida armadura. Podemos acostumbrarnos, podemos soportarlo, podemos controlar sus movimientos, pero no podemos escapar de él.

El carácter es el destino. El carácter es el contorno de nuestra isla, pero solo pueden verlo los que navegan a nuestro alrededor, nunca nosotros, que nos limitamos a caminar sus playas, encaramarnos a sus rocas, atrapar peces desde su orilla.

El carácter es el destino y debemos navegar a su favor, como los veleros con la brisa. Cuando un yate consigue navegar contra el viento a punta de ingeniosas maniobras el resultado es feo y torpe. Puede parecer heroico, pero finalmente es ridículo, indigno y está condenado al fracaso.

Cuando el mundo no calza con el carácter, tenemos a un incómodo. Amigos cuyo único problema es haber nacido en una época dos tallas más chica que su carácter, o en un lugar que le queda largo de mangas. Estos seres se retuercen, chocan con los muebles, rompen la loza, finalmente se enojan. Desadaptados, les dicen. Poco pueden hacer ellos. En otro lugar, en otro momento,



Santiago
1978

hubiesen sido jefes tribales o grandes señores. Hernán Cortés, por ejemplo: su carácter desbordante era el más adecuado para la conquista, pero pasó a ser un problema en la colonia. Se volvió un incómodo para él mismo, para el rey y para el reino.

El carácter es el destino y el último día, cuando miremos atrás, desde la cubierta del barco que nos saque de aquí, recogeremos en una mirada los contornos de nuestra isla. En una sola mirada recogeremos todas sus bahías, sus playas, sus rocas azotadas por el agua. Y entenderemos todo y sonriremos desde la cubierta, sin culpa ni pena.

(2005)



Cajón del Maipo
2013

EL PARAÍSO

Dos cachorros de perro se persiguen por el pasto, saltan, se alcanzan, se revuelcan, se muerden las orejas. El sol cae sobre ellos, se rascan la espalda contra la hierba, mostrando sin pudor sus minúsculas pichulitas terminadas en un mechón. Aún no saben calibrar el filo de sus dientes y de vez en cuando lanzan un corto aullido.

Un amigo decía que no contábamos con una mejor imagen para el paraíso.

Puede ser. Es la película de la infancia como paraíso perdido.

Pero no es a la infancia donde deseamos volver, sino a un paisaje que en realidad nunca habitamos. Lo que en verdad echamos de menos no es el árbol de nuestros juegos, sino el territorio que se observaba desde sus ramas.

Lo que veíamos desde ese club en el árbol era una ciudad distante, iluminada y definitivamente nuestra. Un territorio cuya conquista era segura. No es la infancia, sino la perfección de su promesa lo que echamos de menos. Porque el único paraíso es el que no se tiene.

La única actividad que no se diluye en un casi es la literatura. De ahí su función esencial: mantener la promesa del paraíso que se nos escapa, o acompañarnos en la certeza de su pérdida.

Siempre que alcanzamos las cosas, distraídamente las dejamos escapar. En el mejor chiste de *La divina comedia*, el poeta encuentra a Adán y le pregunta cuánto tiempo alcanzó a gozar el paraíso. «Seis horas», responde el primer hombre.

Moraleja:

Si el paraíso existe, es breve y tiene una falla: si, como los cachorros, nos dedicamos a mordernos las orejas, no lo reconocemos, y si nos dedicamos a buscarlo, dejamos de mordernos las orejas.

(2006)

En 1849, el barón von Reuter inauguró su agencia de noticias de larga distancia. La tecnología escogida fueron las palomas mensajeras. Amarraba a sus patas delicados mensajes en letra minúscula que comunicaban los últimos valores bursátiles, las novedades del frente, noticias urgentes de motines y huelgas.

Ante la competencia del telégrafo, cuyos cables comenzaban a cubrir el mundo, en lo que pronto se convertiría en la Internet del siglo XIX, Paul Reuter perfeccionó su sistema. Hábiles calígrafos llegaban a incluir unas cuarenta líneas de cien caracteres en un mensaje; hoy diríamos 4 kilobytes. Se podía duplicar esa cifra utilizando abreviaciones, es decir, compresión de datos. Los mensajes más importantes se enviaban copiados en dos palomas, por si alguna perdía el camino. También en Internet los paquetes de datos deben reenviarse; le llaman redundancia. La de von Reuter era una red de datos con todas las de la ley, pero una red de plumas en el aire.

Las palomas alcanzaban los ochenta kilómetros por hora. Equivalente –para un vuelo típico– a un humilde ancho de banda de 18 bits por segundo. Imposible luchar así contra los cables eléctricos. Por un tiempo el empresario consiguió evitar la



Curaco de Vélez, Chiloé
1999

competencia ubicando sus agencias una ciudad más allá de la última estación de telégrafo, consiguiendo para sus aves la exclusividad del último tramo. Dos años resistió así, hasta que debió rendirse a la velocidad y se pasó al telégrafo.

Me gusta pensar que esa fue la última batalla del hombre contra la pulverización del tiempo. Ganamos el instante pero perdimos la espera.

¿Cómo sería un mundo sin cables? Von Reuter era un hombre de negocios: no amarraba sonetos a sus palomas, sino valores bursátiles. De haber triunfado los pájaros, el mundo sería igual, solo que más lento... Quizá como soñaba el poeta Rimbaud: «Un pueblo de palomas».

Disculpe, lector, la volada.

(2004)